

LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

En su Imp.—Santiago del Estero 176.

DIRIGIDA POR

LUIS TELMO PINTOS

APARECE LOS DOMINGOS

Precio de la suscripcion, 10 \$ al mes.

SUMARIO

Crítica literaria: Armonías del alma, por Rafael Obligado—A la luna (poesía), por Elisa Villarza—La Porteña (Traducción del italiano), por Pablo Mantegazza—A una ave (poesía), por Silvia Fernandez—Inocencia (poesía), por Salvador Múro—Las mujeres feas, por Luis Gaimorae Junior—Sobre una tumba! A la memoria de Goyita Olivares (poesía), por Ramon Oliver—A la Señorita Silvia Fernandez (poesía), por M. N. U.—Las hojas secas, por Gustavo A. Becquer—En un paseo (poesía), por Agustín P. de Elia—Del gusto en el vestir—Revista General.

CRITICA LITERARIA

ARMONIAS DEL ALMA

Poesías de Silvia Fernandez

(Un vol. en 8°, 104 pág. Imp. de «La Nación»)

Regocijémonos!

La primavera de las rosas coincide con la primavera del pensamiento; el grande amor de la naturaleza con las palpitaciones de un ser apasionado; la hermosa fiesta de la tierra con las visiones llenas de encanto de una imaginación juvenil; la lira de las hojas, de las brisas y de las aguas, con la lira de Silvia Fernandez.

Regocijémonos!

La poesía, estéticamente, es el ideal acariciando las fibras de la sensibilidad; como arte, es la palabra empapada en luz del alma que huye de los labios del poeta con las alas sonoras del ritmo; y cada vez que esas fibras se estremecen y que esas vibraciones luminosas esparcen su claridad en las altas regiones del espíritu, la mirada se alza al cielo y el éxtasis derrama su licor dulcísimo en las arterias del corazón.

La aparición de un libro de poesías es la aparición de un astro en el horizonte de una existencia.

Ese astro puede ser radioso y fecundante como el sol, suave y melancólico como la luna, humilde y tembloroso como una estrella; puede rodar en un cielo despejado ó tempestuoso; arrancar lágrimas ó deprecaciones entusiastas; pero de todos modos atrae las miradas de aquellos que sienten sobre el mundo ese martirio de la sensibilidad que si pudiera dársele algun nombre, se le llamaría hambre y sed de luz.

Si nos fuera permitido continuar la comparación que acabamos de hacer, diríamos que en los versos de la Señorita de Fernandez hay mas hébras de luna que rayos de sol, mas tardes que auroras, mas crepúsculos que dias. Leyéndolos, puede adivinarse sin esfuerzo que han sido inspirados bajo un cielo meridional, que nunca la llama de los trópicos ha acariciado la frente de la poetisa argentina como ardió sobre las sienes de la cubana Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Esta natural suavidad de su inspiración, que ilumina sin deslumbrar, asociándose á su ternura y delicadeza de mujer, hace que en las ARMONIAS DEL ALMA no vibre una sola nota de esas que hieren inusitadamente el oído, ni un solo arranque de esos que en las operas de Meyerbeer son verdaderas explosiones del sonido.

La imaginación de la Señorita de Fernandez tiene el vuelo de la paloma que deja por vez primera su nido: aleteos llenos de gracia, vacilaciones de temor sin causa aparente, timideces que explican la inesperienza, y vuelos elevados, sostenidos y rápidos.

Alguna vez sus alas parecen negarse á sostenerla en las alturas; pero entonces no cae inerte, sino que desciende en giros espaciados, cual si se gozara en retardar su descenso á una tierra donde la realidad es muchas veces mezquina.

Mas de una cuerda de la lira de la jóven

poetisa pertenece á los sentimientos místicos del alma. Ella, como todos los poetas, ama el incienso; tiene la fé de los buenos, *consoladora inspiracion de Dios*, segun su frase; y se complace contando sus penas y sus esperanzas á María en *La plegaria de una virgen*, cuyos versos estan empapados de esa dulzura que sólo la oracion es capaz de comunicar á la palabra.

La composicion que abre el volúmen está tambien dedicada á la madre de Jesús, y aunque su perfeccion artistica deja que desear y es á todas luces uno de sus primeros ensayos, hay verdad en la pintura que hace de aquella rosa de Jericó, cortada de su tallo y abandonada á los vientos de la desgracia. La madre del Redentor vaga talvez en rededor de la colina del Calvario, mientras la poetisa la diseña así:

Alza sus bellos ojos celestiales
De lánguida mirada, al firmamento,
Y sus húmedos labios virginales
Entreabre con inmenso desaliento.

Su mano blanca, fina y delicada,
Pone sobre su pecho dolorido;
Lanza luego tristísima mirada
Y sus labios exhalan un gemido.

.....
Es la madre del hijo del Eterno,
Es María, la virgen inocente,
En cuyo corazon sublime y tierno
Se anida del dolor la amarga fuente.

Despues del templo, el hogar; despues del santuario de Dios, el santuario de la familia. En ambos el amor tiene su altar: las ofrendas del uno pertenecen al cielo, las del otro á la tierra, que son como los dos polos hacia los cuales se inclina el espiritu obedeciendo á un misterioso poder magnético de lo infinito. El alma tiene tambien su ley de gravedad: lo absoluto y lo relativo la atraen con idéntica fuerza.

Inclinémonos, pues, á la tierra para continuar escuchando á la poetisa.

A *mi padre*, es una elegia donde si no hay toda la lima que Martínez de la Rosa hubiera exigido, hay lágrimas tan sinceras y piadosas como deben ser las de una hija en presencia

de la tumba de su padre. Se adivina en esos versos una desesperacion resignada, si se nos permite la frase, donde el dolor está dulcificado con la beatitud de las creencias cristianas. La última estrofa hará humedecer los ojos de las que hayan sufrido una pérdida semejante:

Yo, mientras tanto, de tu lado ausente,
Sobrecogida de mortal quebranto,
Sólo puedo inclinar mi triste frente
Y raudales verter de amargo llanto!

La poesia titulada *Los recuerdos de la infancia* es una de las mas bellas del libro; pero no obstante esta afirmacion, séanos permitido, á nombre de la imparcialidad que debe ser el alma de la critica para que sus conclusiones tengan algun valor, observar á su autora que no debiera haber hecho resaltar la nube del dolor sobre la frente del alba de la vida, esa nube que *«hace que todo nos parezca odioso»*. Cuando las aves perciben la primera vibracion del día, no gimen: aletean de placer, cantan de entusiasmo. Un himno á la infancia debe tener la entonacion expansiva del *hosanna*.

Aparte de esta exigencia de nuestra escuela literaria mas que del arte, véase con qué tino y singular belleza pinta la Señorita de Fernandez uno de los rasgos de aquella edad feliz:

Si el llanto á veces nuestra faz anega
No deja huellas de dolor creciente,
Es cual rocío que las flores riega,
Corre cual agua en cristalina fuente.

Y recordando las horas de la infancia, las agrupa para decirles con una ternura que encanta:

Vosotras sois el astro vacilante,
El astro de inocencia y alegría,
Que esclarece magnánimo y amante
Las sombras ¡ay! de la existencia mia!

Las composiciones *La zagala* y *A una mariposa*, se distinguen por la soltura y fluidez del verso, particularmente la primera, donde por encima de algunas imperfecciones de la rima, chispea la natural galanura del talento de la joven poetisa. Sin embargo, quisiéramos decirle con toda la amabilidad porteña, que hubiéramos preferido ver el diseño de una de esas sencillas hijas de nuestros campos, que envueltas en la fragancia del trebol de olor, me-

lancólicas como las tardes pampeanas, y á la sombra del alero del rancho, escuchan palpitantes de emocion el *triste* cantado al son de la guitarra por alguno de los buenos mozos del pago.

Las zagalas y pastoras, hijas del Peloponeso, emigradas de la Arcádia al occidente de la Europa, estaban bien en aquellas églogas españolas del siglo XVI, acompañadas de los Salicios y Nemorosos que platicaban de amor al son de la lira clásica de Garcilaso; pero la poesia americana no tiene necesidad de apoderarse de esas creaciones exóticas ni de vestir galas ajenas. Es demasiado rica para mendigar.

Somos exigentes con la Señorita de Fernandez, no sólo porque el que juzga está en el deber de serlo, sino tambien, y particularmente, porque nos merece un elevado concepto su talento poético y porque sabemos que el estudio de los buenos modelos americanos y de la naturaleza de la patria, ha de elevarla mas y mas á la árdua cima donde la Gloria la espera tendiéndole los brazos, despues de haber desceñido para ella la corona de laurel.

Hemos visto ya como los sentimientos religiosos han encontrado acentos en su lira; como las desgracias del hogar han arrancado sollozos de sus cuerdas; veamos ahora como han vibrado en ellas las palpitaciones secretas del corazon, esos vagos y dulcísimos impulsos que, en el mar de la vida, incitan al alma á seguir la estela de otra alma.

Ser poeta es saber enredar en las líneas del verso esa flecha hiriente y misteriosa que la mitología griega puso en las manos de un niño ciego; ser poeta es saber diseñar y acariciar con la palabra el ideal de todos y de cada uno; ser poeta es saber cantar el amor!....Y la Señorita Silvia Fernandez sabe cantarlo.

Las notas mas dulces, mas vibrantes y mas perfectas de su lira, han sido arrancadas por esa pasion que dá al hombre las alas del cóndor y á la mujer las alas del ángel.

A una estrella, Tú y yo, ¿Qué importa!, Vivo en tí, Su imagen y otras, con escepcion de El y Ella, son composiciones de mérito inspiradas por ese fuego que no bastaria á apagar ni la eterna ausencia de las vestales.

La jóven poetisa muestra estar dotada de la ingenuidad de las almas bellas cuando confiesa

que ama ó que el amor es la suprema aspiracion de su alma. No pregunteis, dice, si tengo algun anhelo, si tengo algun ardiente deseo, porque

.....¿quién no ambiciona
Un tesoro de amor en este suelo?

Para terminar dignamente esta última parte de nuestro estudio, vamos á insertar íntegra la poesia *Ven*, la mas bella y perfecta de todas, donde el arte y la inspiracion parecen haber unido á la transparencia del cristal la luz sonrosada de la aurora. Esos dulces decasílabos suspiran como las hojas, cantan como las aves, sollozan como las ondas. Sin duda la Primavera selló su mas dulce beso sobre la frente de la inspirada poetisa para transmitirle el alma de sus rosas mientras cantaba así:

V E N

La luna hermosa brilla en el cielo,
Nada nos roba su resplandor;
Ven, ángel mio, mi único anhelo,
Ven, conversemos de nuestro amor.

Nada interrumpe la dulce calma,
Grato misterio nos cercará;
Ven, que mi alma junto á tu alma
De amor y dicha rebosará.

Quiero mirarme, mi ideal hermoso,
De tus pupilas en el cristal;
Tu suave acento, tan armonioso,
Embelecada quiero escuchar.

Bastantes horas paso sin verte,
Bastante llanto he mirado; ay de mí!
Mas yo perdono la adversa suerte
Y todo olvido cerca de tí.

Sí, todo olvido, porque extasiada
Viendo tu frente noble y leal,
Mi alma sensible y apasionada
Se eleva á un mundo nada real.

¡Oh, cómo entónces siento agitarse
Mi amante seno con emocion!
¡Cómo á mis labios siento golparse
Frases nacidas del corazon!

Ven, pues la brisa nos da su aliento,
La flor su aroma tambien nos da,
Y allá de en medio del firmamento
La bella luna nos sonreirá.

Ven, y elevemos nuestra mirada
A un mundo eterno de eterno amor,
Y en santo fuego, de fé abrasada,
Nuestra plegaria llegue al Criador.

La Primavera, que ha inspirado á la Señorita de Fernandez tan delicados versos, no nos ha de negar tampoco á nosotros sus mas bellas flores para deshojarlas á los pies de la poetisa y enviarle, envueltos en su fragancia, nuestro saludo y el testimonio de nuestra admiracion.

RAFAEL OBLIGADO.

Octubre 31 de 1876.

A LA LUNA

Pálida reina de la noche umbria,
Dulce viagera del espacio azul.
Que en el alcázar del empero cielo
Moras serena:

Oye mi ruego, cariñosa y tierna,
Y un tanto alivia mi dolor cruel;
Tú fuiste siempre mi mejor amiga,
Cándida luna.

¡Ay! Cuántas veces, en mis negras horas,
Con tu luz melancólica enjugaste
Lágrimas mil que de mis místicos ojos
Tristes rodaron.

Cuántas tambien, en mis felices dias,
Arrobada de amor vi tu faz pura,
Y en cada rayo de tu luz querida
Dichas hallé.

Hoy que la nube del pesar encubre
Todo lo bello que halagó mi vida;
Hoy que la flor de la esperanza mia
Yace marchita:

Fiel confidente de mi pecho herido,
Plácida luna, cariñosa amiga,
¡Oh! nunca dejes de lucir piadosa.
Nunca te ocultes!

Que yo en tus rayos de celeste encanto
Unico alivio en mi dolor encuentro,
Pues ¡ay! los gozes que me brinda el mundo
Ya no me halagan!

¡Oh luna hermosa! en solitaria noche,
Cuando serena por el cielo vagues,
Sobre la losa que mis huesos cubra
Plácida brilla.

ELISA VILLEARZA.

Belgrano, Octubre 11 de 1876.

LA PORTEÑA

(Extracto del escrito titulado: *La sociedad Sud-Americana. Saggio del Profesor Pablo Manteyassa—Milan 1874*)

La ha visto usted? No, no he visto de ella ni el rostro, ni la mano, ni el pié. Apenas si he apercibido su sombra cuando daba vuelta la esquina de la calle; pero de seguro que es una americana, una *porteña*. Ninguna otra mujer de este mundo habria plegado el cuerpo, recojido el vestido de esa manera, ninguna hija de Eva habria sabido con tanta elocuencia de mímica, con mayor templanza de movimientos perversos, deciros: Soy la delicia y el tormento del hombre.

La *porteña* tiene sangre andaluza en sus venas; posee todas las seducciones de la gracia y del ingenio, y aunque la disimula está dotada de todas las calidades físicas que los Árabes, exigen del sexo femenino. Despide el perfume de una flor de invernáculo, que mas se adivina que se siente; maneja los infinitos artificios indefinibles, de la mas difícil de las artes así como la mas peligrosa, que consiste en despertar deseos, en ser y no ser; en dejar que todo se presuma y presentia; en hacer que el hombre gire en alguno de los círculos del Paraíso, que no recorrió Dante, en el cual el tedio dista tanto de la alegría como de la impaciencia. Pero al mismo tiempo, bajo aquella atmósfera emanada de la civilización y cargada con la experiencia de los siglos, se esconde la mujer, la hija de Eva, que en la robustez de las formas, en el vigor de las carnes, promete al hombre ser excelente esposa y madre no menos excelente. Las vestiduras del arte son inferiores á las perfecciones de la naturaleza, y bajo el artificio de la *señorita* se oculta la estatua de Vénus que ningún escultor desdeñaría reconocerla por obra de su cincel.

Solo la gracia tiene entre las debilidades femeniles: ignora las jaquecas, las convulsiones, la palidez cerulea de nuestra lenta asfíxia europea. El viento y el sol acariciaron su tez, y su seno destinado por la naturaleza para dar asilo á la primera existencia del hombre, fué sacudido á menudo por el violento andar del caballo de la llanura. Es un fruto cuya forma embelleció el cultivo y avivó la fragancia; pero en el cual el sabor agreste y natural se conserva puro y sin mezcla.

El cabello de la *porteña* es negro y luciente; tiene la frente caprichosa, ojos renegridos, grandes y sombreados con larguísimas pestañas; su nariz guarda un término medio entre la petulancia de la francesa que mira hácia arriba y la magestad de la española que se encorva demasiado hácia abajo; su boca es pequeña y poco sensual. Su mirada ni provocativa ni enteramente casta, es mas bien orgullosa; pero de una clase de orgullo que no humilla porque puede vencerse, mirada mas intrépida sin duda que la de las europeas todas; que seria *desfachata* si no fuese tan franca: es la mirada propia de una naturaleza fuerte por herencia y no por conquista; de una naturaleza poderosa, reposada, segura de sí misma y á veces irónica.

El cuerpo de la *porteña* es siempre airoso aun cuando le acompañe un rostro sin hermosura. Entre la turba infinita de las mujeres se distingue el cuerpo de la argentina por su porte constantemente noble y resuelto. Menos plástica que la holandesa, menos vaporosa que la francesa, su piel es encendida y morena, cubriendo carnes de bronce que solo la muerte es capaz de destruir. Las líneas curvas de todo su cuerpo, no las debe al arte de la modista sino á la estructura de su conformacion, y como no provienen del capricho variable de la moda, son inmutables y permanentes como la naturaleza.

La mujer *porteña* promete mas pasion que la que en realidad abriga en sí; es menos móvil y maleable que la francesa; no posee la sólida cultura y el sentimiento religioso de las inglesas; pero es mas mujer que ambas. Lo que no sabe, lo adivina; poco le importa aquello que no comprende: amable en la ignorancia como en la ciencia, sabe embellecer la sociedad que la rodea con la franca alegría propia de quien

está seguro de su poder: enamora con su gracia sin artificio, conquista con su noble atrevimiento, y sabe conservar sus trofeos con el constante influjo de su belleza. Es la Venus griega embellecida con el barniz de la civilizacion moderna.

La mujer *porteña* toca el piano regularmente, habla el frances y á veces el ingles y el aleman. Idolatra las modas, los paseos y el teatro. La sociedad le dá derecho á exigir un culto casi divino, y por lo tanto exige del marido mucho lujo, mucho dinero, muchas emociones. Pero si la fortuna adversa la empobrece, sabe como todas las de su sexo, conservar el caudal de su belleza en medio de la humildad de su vestido. Señora desde niña, de sus gustos é inclinaciones, no soporta que la impongan un marido, y está segura de que no la venderán como á una esclava, puesto que no tiene obligacion de llevar dote al matrimonio. Como mujer, es mas virtuosa que muchas otras, dando así razon á la célebre sentencia de Rousseau.

La mujer argentina cria generalmente á sus hijos; domina al hombre con la fascinacion de su belleza y exige mucho porque tambien dá mucho. Ella, sin otro argumento que su propia naturaleza, desmiente á los autores europeos de novelas, que atribuyen á las criollas una escesiva riqueza de apetitos sensuales. La concupiscencia, mas que de la fuerza de los sentidos es fruto bastardo de la corrupcion, y la naturaleza robusta es de sobra mas inocente que la impotencia destemplada. La argentina tiene mucha parte, aunque indirecta, en los acontecimientos de su pais, á causa de que los hombres dan gran precio á la mas pasajera de sus sonrisas. Ella, sin duda, sabrá hacer mejor uso que hasta aquí, de esa influencia poderosa, dulcificando las costumbres, y concediendo mas mérito al ingenio y al saber que á la riqueza.

Entre todas las hijas de Eva, la *porteña* tiene menos derecho que ninguna otra mujer de este mundo, para maldecir la Providencia que ha sido con ella tan generosa.

PABLO MANTEGAZZA.

A UNA AVE

Ave inocente que ligera hiendes
 Con fácil vuelo la extension azul,
 Dime ¿en qué piensas mientras yo suspiro?
 ¿Lo sabes tú?

¿Sabes si guarda su afectuoso pecho
 De cariño un recuerdo para mí?
 ¡Oh! no respondes, ave misteriosa,
 ¿Temes acaso al corazon herir?

¿Temes acaso desgarrar el velo
 De una engañosa y pèrtila ilusion?
 ¡Ay! sé sufrir, y al negro desencanto
 No temo yo.

¡Ay! sé sufrir. Mi inolvidable amigo,
 El que nunca jamás me abandonó,
 Aquel que conocí desde la infancia,
 Tiene por nombre lúgubre—el dolor.

Que vengan nuevas y execrables penas,
 Yo resignada las sabré llevar;
 Ellas la fuente de mis tristes lágrimas
 No agotarán.

Prosige, pues, tu interrumpido vuelo,
 Ave feliz, mientras suspiro yo,
 Mientras se abate mi última esperanza,
 Mientras se agosta mi única ilusion.

SILVIA FERNANDEZ.

San Fernando, Noviembre de 1876.

INOCENCIA

En uno de los ángulos
 De la espaciosa y oriental estancia
 Un ángel de inocencia
 Tranquilo y reservado jugueteaba.

Sus mágicos cabellos,
 Como serpientes de brillante llama,
 Besaban suavemente
 Su alabastrino cuello y sus espaldas.

Sonrosado el semblante,
 Indecisa en sus ojos la mirada,
 Sonriéndose en silencio,
 Semejábale al génio de la infancia.

Le contemplé pensando
 En el sublime amor que de mi alma
 En el profundo seno
 Callado ayer jugaba.

SALVADOR MÁRIO.

Buenos Aires, Agosto de 1876.

LAS MUJERES FEAS

Por este mundo hay ruines que hablan mal de las feas. La mujer fea es sin embargo el mayor tesoro que puede apetecer el género humano. El deseo, los celos, el amor, esos tres enemigos del alma, roedores de nuestro espíritu y tranquilidad, desaparecen despavoridos ante la mujer fea. El marido de la fea casi siempre es un hombre alegre, jugueton, rubicundo, gordo y amigo del prógimo. El marido de la bonita, por el contrario, es desconfiado, flaco, inquieto malcriado y hasta nervioso. Fulano de Tal es poseedor habitualmente de una mujer fea: vá á todos los bailes, se halla en todas las reuniones, rie á taco tendido, conversa con todo el mundo, satiriza á su gusto la sociedad en general, danza, come de bandeja media docena de cosas, politiquea, se mira al espejo, y es el último que deja los salones. El marido de una bella baila poco, come menos, y no levanta sus ojos de donde posa la escogida de su corazon, mira de reojo al que baila con ella, se pasea agitado por las salas, y finalmente despues de la tercer cuadrilla, protesta una jaqueca y se sale al paseo sin mas ceremonias.

Antes de entrar en el baile no es posible olvidar la recomendacion siguiente:

—No bailes mucho, que no te hace bien, y respecto á vales y polkas, ni hablemos de eso; cuidado que no bailes ni vales ni polkas.

El consorte de la fea es mas generoso.

—Baila, mi bien, cuanto quieras. Es un ejercicio higiénico. Figúrate que eres soltera y no te acuerdas de mi. Diviertete hasta no poder mas.

Pregunte usted al marido de una hermosa:

—¿Cómo está su Señora?

El responderá con sequedad:

—Sin novedad; gracias,

El marido de una mujer fea, en medio de amables sonrisas:

—Está buena, gracias; usted no aparece por casa. Qué, há peleado con nosotros? Mi mujer está quejosa de usted, y lo cree un ingrato muy grande. Aparézca por allá.

La mujer fea es así una necesidad social, como lo es el agua para la vida, el sol, el dinero y la comida.

El que se pasea con una fea está libre de que lo separen, y lo espíen; ninguno habla, ninguno lo mira.

Dese el brazo á una bella:—nos siguen con alarma en irresistible persecucion,

—¿Quién será?

—Que Fulano ya se ha casado

—Es su novia: ¡no hay duda!

—De primera!

—¡Hermosos ojos!

—Y qué pies!—Dos prodigios de miniatura!

—Feliz picaron!

—Ese ladrón siempre tuvo buen gusto!

—Quisiera preguntar dónde descubrió esa sirena.

Al siguiente día no faltan ni visitas, ni importunos que nos fastidian armados de un arsenal de preguntas á que tenemos que responder de cualquier modo.

¡Pero todo esto es horroroso—todo esto no puede soportarse!

La mujer fea es en extremo virtuosa. Se aficiona al trabajo de las costuras; cuida bien la ropa del marido, lee las Horas Serias; no se acerca nunca á la ventana; es buena madre de familia; no es vana ni caprichosa: hace consistir su ventura en aprender recetas para confeccionar dulces y preparar los platos especiales y sabrosos.

La bonita está en un continuo *toilette*; quiebra veinte espejos por semana, suscribe al marido á todos los periódicos de modas; no pega un botón, estropea á *Verdi* y á *Bellini*, y sin adelantar mucho en música se abandona en el cuidado de los hijos si los tiene; aprende todas las lenguas sin saber las reglas de ninguna; desconoce la existencia de la aguja; pero vá á los teatros y bailes, en donde malgasta la fortuna, y apenas es feliz cuando la modista le trae el vestido de baile y el marido el abono de los espectáculos de noche!

La vanidad que es un vicio, aun que perfumado, fué creada exclusivamente para la mujer hermosa; y entre las garras de esa vanidad eterna la honra del marido desaparece con atrás velocidad.

La mujer fea es casi siempre sana, robusta y fresca; la bonita es nerviosa frenética, y enfermisa. Si no hubiese en el mundo mujeres bonitas y á los diplomas de médicos solo servirían para morir de hambre.

La mujer fea tiene poca necesidad de drogas ni de Esculapios. La bonita está á vueltas siempre de jarabes y pastillas de *nafed' Aroisi*. Puede decirse sin temor de equivocarse que una mujer bonita es una nulidad activa.

El marido de la fea se retira de sus quehaceres alegre y cantando, pues considera que lo esperan con las tostadas bien hechas.

El de la bonita llega trémulo, silencioso, recelando encontrar algo desagradable, viendo constantemente una sombra misteriosa á la puerta de su casa. Recoge los pedazos de papel, los reúne y los lee para descifrar, adivinar, no haya en sus manos alguna prueba de infidelidad conyugal.

Si encuentra á la mujer alegre:—

—¿Quién estuvo aquí hoy?—pregunta moviendo la cabeza.—

—Solo estuvo Isidro.

—Isidro! ¿Dijiste Isidro? ¿De cual Isidro hablas?

—Hombre el criado de tu amigo Santos, que trajo el libro que le prestaste.—

—¡Ah!

Cesa el movimiento de la cabeza, besa á la mujer, y se acerca á la mesa del té.

—Qué frío está el té, hija mía.

—Pues lo querías hirviendo como le separan del fogón?

—No, tanto, pero.....

—Vamos, toma el té, y ven á acompañarme á la casa de Olivita, que desde las seis de la tarde me está esperando.—

Y la lleva el infeliz fatigado, aburrido, después que viene cansado, cumple sus órdenes caprichosas y aun le riñe por algunos minutos de tardanzas.

El marido de la fea engulle su té, come sus torrijas y deliciosos bizcochos; vuelve á ponerse el *paletot* y sale á la calle sin decir á su

mitad lo que vá á hacer ni á que horas retorna á su morada, ni si dormirá fuera.

La mujer bonita posee el don fatal de traer uncido á su vitorioso carro como una víctima á los hombres. La fea los espanta y no hay quien soporte una mujer fea mas de ocho minutos; causa miedo realmente, y ántes se resiste á una pieza de artillería haciendo fuego.

La mujer fea es inconquistable como Mala, Kof. ¿Por qué? ¿Por su mucha defensa? ¿Que! Por que ninguno se atreve á atacarla.

A pesar de todos los peligros y tentaciones de la hermosura, la mujer bonita es siempre codiciada y coleccionadora de todos los *fracs* y bigotes del globo. ¿Quién resiste á dos ojos hermosos, húmedos y llenos de venturas indecibles? ¿Quién olvida una voz que se desliza por entre trémulos labios? Esto es la ventura, la felicidad que es la primera del amor! Teófilo Gauthier dice qué el gobierno debia decretar que las mujeres bonitas aparecieran una vez por semana en las ventanas, *para que el pueblo no pierda el gusto por lo bello*. La mujer bonita es uno de los mas interesantes espectáculos que concede la Providencia.

La mujer fea tiene la virtud de la roca; la mujer bonita la virtud de la belleza.

En conclusion: la mujer fea es necesaria, es verdad; pero la bonita; la mujer bonita, es imprescindible!

LUIS GUIMARAES JUNIOR.

¡SOBRE UNA TUMBA!

A la memoria de Goyita Olivares

Una tarde cruzando de la vida
El hermoso jardín por vez primera
Una flor divisé casi escondida
Debajo de una espesa enredadera.

Sus bellas hojas como blanco armiño
Recien abrian su precioso broche,
Era mas tierna que el mirar del niño
Y mas pura que el beso de la noche.

Cuan suave y deliciosa era la esencia
Que encerraba su cáliz delicado ...

¡Feliz del que pasara la existencia
Respirando su aliento perfumado!

Era esa flor la reina de las flores
Y del vergel florido era el orgullo,
Ninguna le ganaba en los olores
Ni en el blanco color de su capullo.

Cuando ostentaba al despuntar el día
La tierna flor sus candorosas galas,
Hasta la brisa en su correr temia
Ajarla con el soplo de sus alas.

Cuando del Sol los misteriosos rayos
Al hermoso jardín iluminaban,
Sus tiernas compañeras con sus tallos
Porque no la abrasasen la ocultaban.

Mas ay! que el huracan en su fiera
Rozó sus hojas con su soplo airado,
Y ella inclinó su virginal cabeza
Y se dobló su tallo marchitado.

Y hoy de esa flor tan candorosa y bella
Que era el encanto del vergel florido,
¡Solo queda un recuerdo de su huella! ...
¡Nos queda su perfume bendecido!

RAMON OLIVER.

Buenos Aires, 1876.

A LA SEÑORITA SILVIA FERNANDEZ

Cual-estrella luminosa,
Cual la rosa,
En el pensil,
Asi eres tú, niña bella,
Flor lozana,
Del Abril.

Cual alegre mariposa
De colores
Mil y mil
Eres tú, flor hechicera
La mas bella
Del pensil.

Cual flor que entreabre sus hojas
De la brisa suave beso
Al recibir,

Así se entreabren tus lábios
Exhalando suave aroma
Al sonreír.

M. N. U.

Concepción del Uruguay, Noviembre de 1878.

LAS HOJAS SECAS

El sol se había puesto: las nubes, que cruzaban hechas girones sobre mi cabeza, iban á amontonarse unas sobre otras en el horizonte lejano. El viento frío de las tardes de otoño arremolinaba las hojas secas á mis piés.

Yo estaba sentado al borde de un camino, por donde siempre vuelven ménos de los que van.

No sé en qué pensaba, si en efecto pensaba entonces en alguna cosa. Mi alma temblaba á punto de lanzarse al espacio, como el pájaro tiembla y agita ligeramente las alas ántes de levantar el vuelo.

Hay momentos en que, á merced á una série de abstracciones, el espíritu se sustrae á cuanto le rodea, y replegándose en sí mismo analiza y comprende todos los misteriosos fenómenos de la vida interna del hombre.

Hay otros en que se desliga de la carne, pierde su personalidad y se confunde con los elementos de la naturaleza, se relaciona con su modo de ser, y traduce su incomprensible lenguaje.

Yo me hallaba en uno de estos últimos momentos cuando solo y en medio de la escueta llanura oí hablar cerca de mí.

Eran dos hojas secas las que hablaban, y éste, poco más ó ménos, su extraño diálogo:

—¿De dónde vienes, hermana?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube del polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, á lo largo de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algun tiempo la corriente del río, hasta que el vendabal me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

—Y ¿á dónde vas?

—No lo sé: ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—¡Ay! ¿quién diría que hablamos de acabar

amarillas y secas arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz mecidiéndonos en el aire?

—¿Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos; de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servía de cuna, nos desplegamos al templado beso del sol, como un abanico de esmeraldas?

—¡Oh! ¿qué dulce era sentirse balanceada por la brisa á aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!

—¡Oh! ¿qué hermoso era ver correr el agua del río que lamia las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquel agua limpia y trasparente que copiaba como un espejo el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!

—¡Con qué placer nos asomábamos por cima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!

—¡Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!

—Los insectos brillantes revoloteaban desplegando sus alas de gasa á nuestro alrededor.

—Y las mariposas blancas y las libelulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes á contarse los secretos de ese misterioso amor que dura un instante y les consume la vida.

—Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.

—Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

—En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras?

—Y referíamos con un blando susurro las historias de los silfos que se columpiaban en los hilos de oro, que cuelgan las arañas entre los árboles.

—Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla, para oír embebecidas las quejas del ruiseñor, que habia escogido nuestro tronco por escabel.

—Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos que, aunque llenas de gozo al oírle, nos amanecía llorando.

—¡Oh! ¿qué dulces eran aquellas lágrimas

que nos prestaba el rocío de la noche y que resplandecían con todos los colores del iris á la primera luz de la aurora!

—Después vino la alegre banda de gílgueros á llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabía de sus cantos.

—Y una enamorada pareja colgó junto á nosotros su redondo nido de aristas y de plumas.

—Nosotras servíamos de abrigo á los pequeños contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

—Nosotras les servíamos de dosel y los defendíamos de los importunos rayos del sol.

—Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

—Una hermosa tarde en que todo parecía sonreír á nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos amantes se detuvieron á la orilla del agua y al pié del tronco que nos sostenía.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria! Ella era joven, casi una niña: hermosa y pálida. El le decía con ternura:—¿Por qué lloras?—Perdona este involuntario sentimiento de egoísmo, le respondió ella enjugándose una lágrima; lloro por mí. Llora la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y cantos de pájaros y armonías distantes, y se ama y se siente una amada; ¡la vida es buena! —¿Y por qué no has de vivir? insistió él estrechándole las manos conmovido.—Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío ¿quién sabe á dónde?

—Yo lo oí y tú lo oíste, y nos estremecimos y callamos. ¡Debíamos secarnos! ¡debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó á su cita el enamorado ruiseñor que la encantaba con sus quejas.

—A poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeños ya vestidos de plumas; y quedó el nido solo, columpiándose lentamente y triste, como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libelulas azules, dejando su lugar á los insectos oscuros que venían á roer nuestras fibras y á depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

—¡Oh! ¡y cómo nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarchas de la noche!

—Perdimos el color y la frescura.

—Perdimos la suavidad y las formas, y lo que ántes al tocarnos era como rumor de besos, como murmullo de palabras de enamorados, luego se convirtió en áspero ruido, seco, desagradable y triste.

—¡Y al fin volamos desprendidas!

—Hollada bajo el pié del indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto á otro entre el polvo y el fango, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.

—Yo he dado vueltas sin cesar arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación vi, solo, enlutado y sombrío, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, á uno de los dos amantes, cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.

—¡Ella también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento!

—¡Ay! Ella duerme, reposa al fin; pero nosotras ¿cuando acabaremos este largo viaje?..

—¡Nunca!...Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve á soplar, y ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡Adios, hermana!

—¡Adios!

Silbó el aire que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en confuso remolino, perdiéndose á lo lejos entre las tinieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordase, no encontraría palabras para decirlo.

GUSTAVO A. BECQUER.

EN UN PASEO

4 la distinguida y simpática Señorita A. A.

Era la tarde, y en el ancho cielo
Que rojo tiñe espléndido arrebol,
Cual broche de oro en azulado velo
Limpio brillaba refulgente sol.

Y ornado en magestad y en gentileza,
Serenó cruza el firmamento azul,
Y amoroso su frente de pureza
Reclina en nubes de flotante tul.

Vera el estío, y la abrasada siesta
Robaba al cuerpo su afanoso ardor,
Y á blando sueño la feraz floresta
Convidaba y su alfombra y su frescor.

Y Angela, dormecida entre las flores,
Y del ave á la tímida canción,
Y del aire á los mágicos olores
Y de la fuente al regalado son.

Tal vez en sueño de feliz ventura
Reposaba en dulcísima quietud,
Sueño tranquilo como el aura pura,
Divino como el arpa del querub.

En su ilusión de amor, risa amorosa
Entreabría sus lábios de coral,
Como su seno la temprana rosa
Al perfumado ambiente matinal.

Y en alas de la mente arrebatada,
Al diestro lado de su amante fiel,
En misteriosa nube rodeada,
Siendo el sol de sus plantas escalabel.

Lejos del mundo y su falaz quimera,
A solas con su amante y con su amor,
Tal vez vagaba en la eternal ribera
Dó florece el Eden encantador.

Y en sus floridas márgenes amenas
Sin horas, porque tiempo no hay allí,
Corriendo del placer las fuentes llenas,
Y jamás al placer hallando fin.

Adormecida de su amante en brazos,
Siempre viviendo y adorando en él.
Era la vid que en amoroso lazos
Se abraza al seno de gentil laurel.

Más... ¡Oh! cuán breves del placer las horas,
Y cuán fugaces para el alma son,
Breves ¡ay! Dios cual son encantadoras,
Fugaces cual la edad de la ilusión.

De aquel sueño de amor y de hermosura
Cuán pronto vuelve á la verdad cruel,
Emponzoñada su genial ventura
Del desengaño con la amarga hiel.

AGUSTIN P. DE ELIA.

Buenos Aires, Noviembre de 1876.

DEL GUSTO EN EL VESTIR

Sin invadir el terreno especialmente dedicado á nuestra distinguida colaboradora, la revisera de modas, vamos á hacer algunas observaciones generales sobre el gusto en los trajes, que esperamos sean acogidas benévolutamente por nuestras lectoras. Las modas cambian con rapidez pasmosa: lo que hoy es elegante parece feo y ridículo el año próximo; pero hay ciertas reglas y consideraciones artísticas que nunca cambian, las cuales deben tener siempre presentes las mujeres que aspiran á hacer resaltar su belleza, sin dejarse esclavizar incondicionalmente por los preceptos de la moda.

La primera observación que nos proponemos hacer se refiere al uso del escote, tan generalizado en los países tropicales, no ya en los bailes y reuniones de gran lujo, sino hasta para hacer visitas é ir á paseo. Claro es que el escote no puede favorecer sino á un corto número de mujeres. Desde luego las delgadas y de raquítica conformación, no deben en ninguna ocasión presentar desnudas sus descarnadas clavículas, ni los móviles huesos de su espalda. Mas vale desobedecer en tal caso á los preceptos de la moda, que faltar premeditadamente á las mas sencillas reglas de ornato público. Esas faltas de la naturaleza deben siempre cubrirse con el mas tupido velo.

También sienta muy mal el escote á las mujeres de estatura baja. Esa línea horizontal, tan marcada ante los ojos del observador, tiende á disminuir el tamaño de la persona; mientras que por el contrario, un vestido ó cuerpecito alto, que llegue hasta el cuello, aumenta su estatura. Una mujer mas alta que lo ordinario, no lo parecerá tanto si usa escote; por la misma razón que no le sienta tan bien un vestido de cola como una saya corta. Así la mujer pequeña pierde usando traje corto cuanto gana arrastrando cola, y aumenta en apariencia su estatura, usando traje alto, cuanto la disminuye vistiendo escote.

La misma forma del escote puede aprovecharse en favor propio. Una mujer estrecha de hombros deberá hacer su escote lo mas horizontal posible, mientras que á una muy gruesa ó muy abierta de hombros le conviene cubrir estos y hacer bajar el escote por el centro. Por regla general conviene no enseñar mucho los hombros ni usar manga corta. El brazo de una mujer es ciertamente una de las partes mas bellas de su cuerpo; pero únicamente desde los dedos al codo; mas arriba, nada bueno hay que mirar; no existen las curvas delicadas del antebrazo, sino una masa informe que no presenta atractivo alguno. Por eso favorecen tanto á las mujeres los vestidos de ancha manga que solo dejan ver el antebrazo.

El color de los vestidos es tambien una materia importante. Todas las mujeres saben, por regla general, los tonos que mejor sientan al color de sus cabellos y de su cutis. Pero no deben tener unicamente en cuenta si son rubias ó pelinegras, blancas ó trigueñas. El color de sus trajes tiene tambien gran influencia sobre sus otras cualidades físicas, haciéndolas resaltar ó aparecer mas desfavorables, segun sea el caso. Una mujer muy gruesa, por ejemplo, no debe usar sino vestido negro, pues este color absorve los contornos y disminuye notablemente las proporciones, haciendo aparecer vagas y confusas las formas mas pronunciadas. A las delgadas convienen vestidos claros y sayas ahuecadas. Las bajas de cuerpo parecen mas altas si usan vestidos con grandes fajas perpendiculares; mientras que las de elevada estatura deben evitar toda faja vertical. Tampoco sientan bien á las mujeres de poco cuerpo las dobles faldas y tunicas y si acaso las usan deben hacer de modo que la túnica sea muy corta y la falda lo mas largo posible.

Para concluir esta serie de observaciones, referentes á la estatura de las mujeres, aconsejaremos á las pequeñas que nunca usen el pelo suelto cayendo sobre la espalda. Recojanlo sobre su cabeza lo mas alto posible, aunque no sea esa la moda.

El calzado negro es el que mas favorece á pies grandes ó mal formados. Solo las que tienen pies muy pequeños deben usar calzado de cabritilla y de colores claros.

REVISTA GENERAL

SOMARIO:—Concierto—Tertulia de «La Marina»—Una nueva poetisa—Beneficio—Soluciones—Charada.

El presente Domingo tendrá lugar en el Coliseo un gran concierto á beneficio de la Sociedad «Damas de Caridad.»

El programa de esta fiesta es variado, lo que promete un buen resultado para los desvalidos que aquella asociacion protege.

En este concierto tomarán parte muchas de las distinguidas señoritas de la sociedad bonaerense.

No dudamos que el público responderá dignamente al llamado que le hace la Caridad.

La sociedad «La Marina» dará su tertulia mensual esta noche.

El programa de la funcion es el siguiente:

Juguete cómico en un acto «Vivir al vapor,» desempeñado por la Sta. Blasco y los Sres. Marcos, Nágera y Alonso.

Intermedio de concierto.

«Stella Confidente,» romanza, cantada por el profesor D. C. Herzfeld con acompañamiento de

piano, violoncelo, violin, flauta, por los Sres. Maiz, Ibarlucea, Borgiela y Beovide.

«Trio» de violin, flauta y piano sobre motivos de la «Sonámbula» por los Sres. Aranguren, Borgiela y Beovide.

«Fantasia» de capricho para flauta y piano, por los Sres. Beovide y Erausquin.

Juguete cómico en un acto «La casa de campo» (2ª. parte), desempeñada por la Sta Blasco y los Sres. Sanchez, Nágera y Alvarez.

Por el correo hemos recibido la composicion «A la luna» que insertamos en este número.

Se nos dice que es obra de una inteligente y modesta jóven que apenas cuenta quince años. Si así fuera, tendríamos motivos para esperar que una nueva inspirada poetisa inscriba su nombre en el Libro de Oro de la literatura argentina.

Entre algunos jóvenes se agita la idea de dar una funcion en uno de nuestros teatros á favor del poeta Mendez.

Aplaudimos la idea y deseamos se realice.

La solucion del Salto del Caballo es Missisipi, Orinoco y Tiber.

Nos la han remitido Adónida, Laura (de Lobos) y Elena «La romántica.»

La de la charada nos ha sido enviada por las dos primeras, Haydée, y la Sta Cármen A. Fernandez.

A LUCERO

Blanco y brillante—De tu nave el lino—A su destino—Vuelo le da;—Y en tanto el remo—Quieto descanza,—La nave avanza—Cortando el mar;—Mas de repente—Un remo-LINO—De su destino—La hace cambiar—Como en las ondas—De las pasiones—Los corazones—Sin rumbo van.

HAYDEE.

Buenos Aires, Noviembre 7.

CHARADA

Un virey de Lima tenia en alto grado la cualidad de mi tercera y primera; se enamoró de mi primera y tercera con la que vivió largos años tomando de mi todo como unos frailes, mientras tanto en la puerta lloraba un pobre formado de mi primera y segunda, llamado así por falta de mi segunda y tercera y todos ellos vivian bajo mi cuarta y primera.

NENIA.